

FAVORES DE DIOS

I

¡Linda pareja de novios era Mariquita y Valerio! Ella, fresca, lozana, de cutis de rosa, de dormidos ojos, que soñar parecían con un bello ideal. El, bien desarrollado, varonil, de grave y solemne mirada que revelaba fe en los propios esfuerzos.

No fué poca fortuna para el galán triunfar de poderosos rivales, pues Mariquita había sido tenazmente perseguida desde la adolescencia por multitud de adoradores, entre los cuales no faltaban taimados calaverones de mucho dinero y ninguna conciencia.

Los novios juraban y rejuraban que se querían con toda el alma y nada había en contrario de tal aserción. Un sólo paso, y á la Parroquia, y el novio resolvió dar tal paso.

La futura suegra fijó el plazo de seis meses para la boda, pues aunque evitar quería los muchos peligros que á su hija amenazaban y agradábale sobre manera el yerno, no quería exponerse á las malignas críticas de la gente si concedía á la pareja celebrar luego el anhelado matrimonio. No, señor, iban á decir que la novia rabiaba por atrapar marido. Ya ella había oído en semejantes casos nada caritativos comentarios. Y vaya usted á quitar de la cabeza de los desocupados y aun de los ocupados, la costumbre de emitir su juicio acerca de públicos y particulares sucesos, y muy especialmente acerca de los matrimonios.

¡Si no hay más suculento platillo para la apetitosa murmuración que los que se casan!

Y seis meses se fijaron para la boda. Tiempo en el cual pensaba Valerio ir arreglando las mil cosillas que un hogar demanda, desde el poético traje de la novia, hasta el prosaico metate de la cocina.

Aquellos días deslizábanse para los novios, como góndola por la mansa superficie de un lago. No había tempestades, sino perfumadas brisas, cielo azul y sereno, henchido de luz, riberas de espléndido verdor y de variadas flores y avecillas que gorjeando cruzaban los aires.

Un día, Mariquita sintióse enferma.

¡Qué consternación para el novio!

Los recados se sucedían casi cada hora

—De parte de don Valerio, que ¿cómo está la señorita?

Mala, muy mala.

Y Mariquita, en efecto, seguía mala. La terrible viruela acometióle con tal ímpetu, que por varios días vióse entre la vida y la muerte.

Salvóse al fin; pero en ¡cuán lamentable estado quedó! Aquel rostro de notable belleza fué completamente desfigurado por los estragos de la destructora enfermedad.

La primera vez, que ya convaleciente la vió Valerio, quedóse asombrado y salió de la casa de la novia diciendo para sí: Mariquita se murió, la que ví no es la misma.

Y ¡claro! muerta la novia, se acabó el noviazgo. Y el ingrato joven no volvió más á la casa de la enamorada doncella.

Mariquita devoró en silencio la humillación. Ni siquiera podía vengarse, pues sus adoradores, inclusive los tercos calaverones, huyeron espantados ante la presencia de la nueva Mariquita.

Resignóse con la divina voluntad y el alma ganó en virtud lo que el rostro perdió en belleza.

II

Valerio anduvo de seca en meca buscando otra media naranja con quien formar un todo; pero no la hallaba á su gusto. El quería otra Mariquita como la de antaño, y hermosura y bondad aunadas, tesoros son que en todo el mundo escasean.

Y como frecuentemente el que elige, elige lo peor, fué á dar con una cómica, guapa de verdad y honrada, según el mundo, pero con cierto aire de desenvoltura y descoco, que sólo por milagro no se adquiere en las tablas, y que ponía en constante peligro la virtud de Valerio.

El joven creyóse otra vez enamorado y quizás lo estaba, á juzgar por los ímpetus que le acometían. La graciosa imagen de la actriz, provocativa y sonriente, no se borraba un momento de la calenturienta imaginación del enamorado, y meditando estaba si pondría casa á su amada, cuando la maldita viruela acometió al joven con el mismo furor que antaño á su olvidada Mariquita.

¡Oh Dios! el estrago que en pocos días hizo la enfermedad en el hermoso semblante de Valerio fué tal, que no le conociera la madre que dióle á luz.

La primera vez que, ya fuera de peligro

vióse en el espejo, sufrió un terrible síncope. Aquél no era él, ni siquiera su sombra.

La edad, las ilusiones más fuertes fueron que la pena, y Valerio, en breve tiempo, dióse de alta, como él decía, y volvió á la casa de la actriz, quien rió de buena gana al contemplar á su cacarañado galán. Este no se ofendió. ¡Qué iba á ofenderse, si los enamorados suelen tomar todo por el lado bueno! Y lo que hizo el joven fué reírse también de él mismo.

¡Cuán guasona era su novia! pensaba.

El día del beneficio de la actriz ocurriósele á Valerio, que se sentía inspirado, componer unos versos. ¿Por qué no había de hacer lo que hace tanto enamorado? El amor y la poesía, se dijo, son hermanos gemelos. Y en efecto, forjó unos alejandrinos que parecieronle irreprochables.

En un entreacto dijo á su novia:

—Te he dedicado una poesía que quiero leerte públicamente; que se levante el telón. Momentos después, Valerio, arrogante y erguido, declamaba con fuego su composición.

Apenas había empezado, cuando una voz, desde la galería, clamó grave y pausada:

—¡Vacúnate!

Tras de la irónica voz desatóse el público en estruendosas carcajadas.

A Valerio anudósele la garganta, enmudeció y entre la algazara de los espectadores, cayó violentamente el telón.

La actriz, de pura risa, no pudo hablar á su novio, los demás actores le miraban con los carrillos inflados, llevándose la diestra al estómago para contener las carcajadas. El poeta, muerto de vergüenza, tuese á toda prisa maldiciendo al público, á los actores y hasta á la burlona actriz, que le tenía fascinado.

III

Tras del desengaño viene la reflexión. Valerio estuvo algunos días sin salir á la calle. Oía constantemente el regocijado rumor de un público tan poco caritativo, que se burlaba de la ajena desgracia; la irónica frase de aquel insolente que le dijo: vacúnate, cuando el rostro del joven estaba más picado que en el árbol madura fruta. Veía el burlesco rostro de su actriz y de los actores, y se convenció del ridículo papel que por algún tiempo había desempeñado.

Comprendió entonces el providencial castigo, recobró el perdido criterio y aun bendijo interiormente la enfermedad que devolvía á la razón su ofuscado esplendor.

Solícito y arrepentido buscó á Mariqui-

ta, pidióle perdón de la pasada ofensa, y la niña, que era buena y le amaba, tuvo la abnegación de olvidarlo todo, y el cura uniólos para siempre.

Cuentan los murmuradores, pero yo no lo creo, que el primogénito de aquel matrimonio nació ya cacarizo, sin duda por la influencia que en la fantasía de la madre tuvo el constante pensamiento de la terrible enfermedad de que fué víctima.

Lo que sí aseguro es que fueron muy dichosos, y que la desgracia que en un tiempo lamentaron tanto, y que después reconocieron ser divino favor, contribuyó en mucho á esa dicha, pues derribó los peligrosos escollos contra los cuales frecuentemente se estrella la hermosura en este mundo de inagotable perversidad.



LAS DOS VENGANZAS

Leí el proceso que no era muy voluminoso; empezaba por el oficio de remisión que de Arcadio Olmos, reo de homicidio calificado, hacía el comisario del rancho del "Mirasol" al juez primero del ramo penal de Zacatecas. Me habían recomendado mucho al preso, joven ardiente, impetuoso y muy entendido agricultor, huérfano de padre y madre. Narráronme los amores del joven campesino, los cuales me recordaban los idilios que había leído con fruición en mi juventud y que jamás había contemplado, pues las veces que pasé alguna que otra temporada en fincas de campo, tuve ocasión de ver, no idilios, sino dramas y tragedias que me partieron el alma, entre otras, la muerte por combustión espontánea, de una mala hija. Llegué á creer que tales idilios existen sólo en la imaginación de